

SERIE PUBLICADA EN TRES ENTREGAS

Diario Excelsior

Reporteras: Marcela Turati, Laura Toribio y Lucía Irabién

PUBLICADO EL 27 DE JUNIO

Niños Jornaleros: los riesgos

La muerte se empaca en guacales

El fallecimiento de 30 menores de edad en la reciente temporada de pisca en Sinaloa muestra que México está muy lejos no sólo de erradicar el trabajo infantil en zonas agrícolas, sino de hacerlo menos letal

Por Laura Toribio

Daniel San Juan Tolentino cavó su propia tumba. Un montón de tierra se le vino encima y lo sepultó. El encargo de la jornada fue mortal: excavar una zanja que evitaría que las lluvias estropearan la cosecha donde trabajaba como jornalero. No terminó, porque el aguacero lo tomó por sorpresa.

Vino un deslave. Murió asfixiado. Tenía 12 años.

En los campos de cultivo de las zonas agrícolas del país, estos accidentes han dejado de ser esporádicos. Entre los sembradíos de jitomate, uva, café, caña o tabaco cerca de 374 mil niños entre 6 y 14 años crecen como un plantío más.

A ellos no se les ve en los parques, jugando fútbol o andando en bicicleta. Catafixian los juegos de destreza para desarrollar su habilidad llenando baldes de hortalizas. Las niñas tienen que olvidarse de jugar con muñecas.

Cuando no tienen edad para trabajar juegan a la mamá y cuidan a sus hermanitos menores. Van a contracorriente de su proceso de desarrollo infantil. Se levantan en la madrugada para iniciar una dura jornada.

En los campos de cultivo no importa si son niños o adultos todos le entran parejo al desyerbo, la recolección, la selección de frutas y hortalizas, el empaque y la carga.

Junto con sus familias, estos niños tejen las rutas migratorias del mercado de trabajo agrícola. Salen de las comunidades más pobres del país en Guerrero, Oaxaca, Hidalgo y Chiapas para migrar de manera temporal o a veces definitiva a Baja California, Baja California Sur, Durango, Michoacán, Morelos, Nayarit, Puebla, San Luis Potosí, Chihuahua, Sonora y, principalmente, a Sinaloa.

A los 10 años son enrolados en el trajín bajo pésimas condiciones laborales: descansan un día a la semana, se bañan en aguas sucias de los canales de riego y viven en barrancas insalubres con una letrina para 20 familias.

Un estudio de Unicef del año pasado documenta que los niños son empleados en 23 regiones agrícolas de diez estados del país. El 46% de ellos trabaja seis días a la semana y 35% no tiene descansos. Según la Encuesta Nacional a Jornaleros Migrantes y del Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas (ENJM/Pronjag) tres de cada siete niños entre seis y 11 años de las familias jornaleras se suman al trabajo asalariado en los campos.

Esto ocurre a pesar de que las leyes mexicanas prohíben que los menores de 14 años sean empleados en campos agrícolas. Sin embargo es letra muerta.

Desde los 10 se enrolan en trabajos que cumplen con los criterios establecidos para determinar que sufren explotación: laboran demasiadas horas, por bajo salario y no pueden ir a la escuela.

Pero no les queda de otra. Trabajan desde chiquitos como sus padres en su tiempo lo hicieron. El círculo es perverso. Es como una maldición que se hereda de generación en generación.

Los riesgos que corren están a la vista. El lugar es traicionero. Están expuestos a pesticidas y abonos químicos aplicados a los cultivos, a los esquizofrénicos cambios del tiempo, a maquinaria y herramientas peligrosas. Por eso es común verlos enfermos. O accidentados.

Estos pequeños viven expuestos constantemente. Los datos lo confirman, entre 2006 y 2007, 30 niñas y niños jornaleros perdieron la vida por accidentes de trabajo, enfermedades curables o desnutrición en campos de Sinaloa.

La vida por 67 pesos

En menos de un mes a Agustín Méndez de la Cruz se le fugó la vida acostado entre los surcos mientras sus papás Diego y Matilde trabajaban en el campo “El Chapo”. Todavía no cumplía los dos años, se enfermó de diarrea. No recibió la atención médica adecuada.

Nació en la comunidad de Ayotzinapa, en el municipio de Tlapa, Guerrero, pero murió a más de mil 600 kilómetros de distancia.

El año pasado, sus papás decidieron ponerle Agustín a su recién nacido, en honor al hermanito muerto. Tampoco tuvo suerte. Se fracturó la costilla cuando tenía un año. A Matilde se le cayó de la espalda mientras se agachaba a recoger jitomates en un campo propiedad de “Agrícola Buen Año”. Un dolor constante en la costilla lo sigue molestando.

Esos no son los únicos riesgos. El 27 de enero de 2006, a Albino Gálvez le “robaron” a su hija menor de Agrícola Elsa, en Sinaloa. Norma Gálvez tenía 14 años cuando Joaquín Sánchez se la llevó con engaños y la abandonó en un campo cercano.

“El año pasado se presentaron dos casos similares: los hombres mayores que ellas las raptan de las galeras para que se junten, y después las dejan abandonadas”, dijo Margarita Nemecio, coordinadora del Programa de Jornaleros Agrícolas del Centro de Derechos Humanos de la Montaña Tlachinollan.

Crescencio Ramírez Sánchez, de la Red Democrática de los Pueblos Indígenas en Sinaloa, señala que en el estado se registran de 6 a 10 accidentes mortales en lo que dura la zafra hortícola. En muchas de las ocasiones porque los padres prefieren llevarlos consigo a trabajar.

Estudios oficiales de Sedesol revelan que estos niños y niñas sufren dermatitis, intoxicación, insolación, deshidratación, reumas, quemaduras, diarreas, anemias, fracturas o mutilaciones.

A veces sólo regresan a su tierra para ser enterrados. Sus muertes no constan en los registros oficiales. Estas muertes siguen ocurriendo aunque México se comprometió a reducir en dos terceras partes la tasa de mortalidad de los menores de cinco años para el 2015.

“En ocasiones nos piden apoyo, pero cuando la empresa paga todo ni nos avisan, nada más se los traen para acá a enterrar. Si el empresario paga el pasaje y la asistencia médica, van directamente del camión de la empresa a la comunidad. Por eso no es posible tener un registro” dice el representante estatal del Programa de Atención de Jornaleros Agrícolas de Sedesol en Oaxaca, Ricardo Díaz Cruz.

El funcionario dice, sin embargo, que programas sociales como Oportunidades han logrado bajar la migración infantil.

Los accidentes en los campos se presentan como un ataque de tos, uno seguido del otro. En marzo de este año Juan Carlos Cano Mendoza, de 13 años de edad se fracturó la pierna y la cadera. Dos meses antes su paisano guerrerense David Salgado, de ocho años, murió bajo las llantas de un tractor en un campo de Sinaloa, propiedad de la Agrícola Paredes.

Tropezó mientras cargaba una cubeta de tomates. El tractor, en reversa, le pasó por encima.

El escándalo por su muerte vino acompañado de varias revelaciones; por ejemplo que sólo 10% de los niños jornaleros estudian, la mayoría no tienen contrato ni prestaciones, a pesar de que trabajan como adultos.

Sus muertes ya no sorprenden. Sus lesiones ya no asustan. Esta historia no tiene fin.

Quizá los hijos de estos niños y niñas también serán jornaleros. Eso, si no mueren antes, como Daniel, como David, como Agustín y su hermanito Agustín y otros niños y niñas sin rostro que a diario arriesgan su vida por menos de 70 pesos al día.

Silvestre Salgado cargó a su hermanito David cuando lo encontró con la cabeza aplastada por el tractor. Quiso revivirlo pero ya estaba muerto. Era Día de Reyes, fue este año. David ya no pudo cobrar los 67 pesos que le pagaban por jornal.

No se vale mano... pequeña

Por Lucía Irabien

El ingrediente principal para erradicar el trabajo infantil es la voluntad. Así lo entendió Brasil hace diez años y en ese lapso redujo a la mitad la cantidad de niños que trabajan en sus campos, minas, fábricas y calles; y los metió a la escuela.

La iniciativa surgió de la sociedad civil, tuvo acogida en las autoridades, concientizó a los padres y sumó a los empresarios en la cruzada contra el trabajo infantil.

Marcelo García Mazzolli es oficial de educación en la oficina de Unicef-México, pero la última década laboró en Unicef-Brasil, y sabe que para terminar con el trabajo de los niños, más que dinero, se necesita querer hacerlo.

“La miseria no se justifica ni en África, pero menos en un país como México”, explica, “un país con el potencial de riqueza de México no precisa niños jornaleros, ¿qué país brutal es éste que no garantiza a su niñez la oportunidad de conocer un mundo más justo?”, cuestiona.

En 1995, cuando Brasil se tomó en serio la tarea de erradicar el trabajo infantil, había ocho millones de niños laborando; hoy cuatro millones cambiaron sus herramientas de trabajo por libros.

En México, en los últimos cinco años la cifra de niños trabajadores de 12 a 17 años se redujo 20%, pero no hay registro confiable que dé cuenta de lo que sucede con quienes tienen de 5 a 11 años. Se calcula que podrían ser entre 1.2 y 3.3 millones los que trabajan.

La solución no llegó por un solo frente. Ante la presión de las organizaciones civiles, el gobierno federal emprendió un diagnóstico nacional sobre trabajo infantil en 1996 y creó el programa nacional de erradicación, cuyo motor fue la educación.

Las autoridades municipales crearon consejos tutelares integrados por ciudadanos, encargados de denunciar negocios que emplean menores.

Los consejos servirían de poco si la autoridad no hubiera respondido a las denuncias imponiendo multas a las empresas por cada día que tuvo niños en sus campos.

El gobierno federal intervino con el programa Bolsa-Escuela, por el que entrega a cada familia diez dólares mensuales en despensa por cada niño que deja el trabajo y asiste a clases.

Así se fue grabando en la mente la cultura de rechazo al trabajo. Los empresarios crearon un sello de garantía: “Empresa Amiga de los Niños”; quien quiere obtenerlo tienen que demostrar que prescindan de manos infantiles.

El Ministerio del Trabajo creó unidades especiales de detección de trabajo infantil y aumentó significativamente los operativos sorpresa en centros laborales.

Aunque Brasil no ha erradicado el trabajo infantil, ha dado un gran paso al involucrar a la sociedad en el rechazo a esa forma de explotación.

“En un charco se bañan ellos”

Por Marcela Turati

Pascual Reyes Pacheco tiene diez años, es zapoteco y va en segundo de primaria. Vive en Oaxaca y acaba de regresar de la pisca en Sinaloa. Estas son sus vivencias:

“Me gusta arrancar chiles. Me gusta menos llevar tomate porque pesa mucho, yo creo que más que yo. Siento muy feo porque me duele la espalda mucho, pues. Y entonces mejor ya no trabajé ahí, me fui al campo de Costa Rica, cerquita de Culiacán.

“Me gustó arrancar yerba poquito más fácil y tirarlo en el camino del surco.

Arrancábamos la yerba con unas espadas (machetes) y se pone una bola en la mano.

“Trabajé en tomate cuando era como de ocho años. Le dijo el señor a mi mamá que sí puedo trabajar de seis años pa’riba y eché tomate en un balde.”

Sobre las enfermedades

“En Culiacán, un niño que tiene un balón se enfermaba, se le hace chueca su boca. Otro se enfermó de calentura y no fue a trabajar con su mamá porque se bañó con agua fría, le dio fiebre. En un charco se bañan ellos. Yo en el agua que viene de la manguera; a veces en el tanque.

“Cuando hace calor se enferma uno, a veces de calentura y a veces de frío. Me enfermo cuando no viene el autobús y nos vamos caminando como dos, tres horas porque está muy lejos.

“Y duele la panza, da un dolor bien fuerte, parece que se mueve el estómago. Creo que duele porque nos agarra el aire cuando estamos dormidos, se despierta y se baña y nos agarra el aire. Cuando me duele la espalda me voy a la casa y a mi mamá le duele el pie.”

De los accidentes

“Me pegué en la espalda, con un tubo. Como nosotros estamos hasta adentro saltó el carro bien fuerte y nos dimos una marometa en el carro porque iba bien recio. Cuando manejo bici me duele el hueso.

“Y esto que tengo (muestra el brazo con cicatrices) es que me pasé corriendo, la estufa estaba en la mesa, se movió y el café cayó todo en mi mano. Me llevaron a un hospital pero está bien lejos, como dos horas.

“Me acuerdo de un campo que se llamaba ‘7’, y tenía cuartos bien feos, puros de lámina pero no estaba bien, se veía que se va a caer. Pero tenía un árbol grande y muy bonito.

“El más feo es un campo que se llama Rialito, no me gustó porque hace mucho calor, había mucha persona y cuando llueve entra mucho agua al cuarto y no hay dónde sentarse, dormimos en un petate y hay muchos zancudos.

“Eran como 100, 300 personas creo. No podía dormir porque hace muchos ruidos los señores cuando se pelean y los niños que lloran.

“De grande quiero comprar un carro, tener una novia, trabajar y comprar una casa. Cuando sueño, sueño que voy corriendo a subir los árboles y a bajar tomates y ya.”

De gente grande

México ha firmado distintos pactos internacionales para proteger a los niños de la explotación laboral. Entre ellos están:

- *Monitorear e inspeccionar a las empresas que contratan a jornaleros agrícolas.
- *Salarios justos y condiciones dignas de trabajo para las familias jornaleras.
- *Luchar por la erradicación de la explotación del trabajo infantil.
- *Garantizar a los niños sus derechos a la educación, vivienda y alimentación
- *Creación de políticas públicas que brinden atención a las niñas y niños trabajadores
- *Proveer de recursos presupuestales que permitan sostener una tarea de esta magnitud.
- *Vigilancia de organismos defensores de los niños, y de los derechos humanos: Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef), Organización Internacional del Trabajo, a través de su Programa Internacional para la Erradicación del Trabajo Infantil (IPEC), Organización Internacional para las migraciones (OIM), el Programa de Naciones Unidas para el Alto Comisionado, (PNUD), las cuales deben estar al pendiente de que Estado mexicano cumpla con los acuerdos.
- *Romper con la indiferencia de la sociedad en general e incorporarla como un actor protagónico en la lucha contra situaciones que pongan en riesgo a la niñez.

Seguimiento a compromisos

El Comité responsable del seguimiento a los compromisos asumidos por México para reducir el trabajo infantil en el convenio 182 de la Organización Internacional del Trabajo relativo a la prohibición de “Las peores formas de trabajo infantil y la acción inmediata para su eliminación” conminó al gobierno de nuestro país a:

- *Formular una estrategia y plan de acción para reducir el trabajo infantil.

*Fortalecer las labores de inspección para asegurar la aplicación de las leyes sobre el trabajo infantil.

*Ratificar el Convenio. No 138 de la OIT sobre la edad mínima para emplearse.

*Buscar asistencia del Programa Internacional para la Erradicación del Trabajo Infantil (IPEC-OIT).

PUBLICADO EL JUEVES 28 DE JUNIO

Ni 10% de niños jornaleros va a la escuela

Por Marcela Turati

El más alto rezago educativo en el país lo registran los niños y niñas jornaleros. Se calcula que menos del 10% de estos infantes asiste a la escuela, y que la mitad de los que lo hacen cursan sólo primero o segundo grado de primaria, 70% de los niños jornaleros matriculados en primaria tienen, al menos, dos años de desfase entre su edad y el grado escolar que cursan.

Excélsior visitó la “Escuela del Migrante”, que tiene 150 alumnos que recién regresaron de la pizca de Sinaloa y Sonora, y de estos niños sólo tres cursan sexto grado. La mayoría deserta en tercero, cuando aprende a sumar y escribir.

Anque en las comunidades expulsoras de jornaleros hay escuelas especializadas para estos menores, los papás los inscriben en las escuelas oficiales para obtener las becas y apoyos económicos que ahí se ofrecen.

(nota de portada)

Niños Jornaleros: Educación

El aprendizaje tropieza con los surcos

Apenas saben sumar, los pequeños son sacados de las aulas y llevados a la pisca. Ninguno aspira a ser doctor o ingeniero; ellos quieren ser peones, como sus padres y abuelos

“Yo fui al coliacan y mi papá también fue y mi mamá también y cuando fui al coliacan no estude pero trabaje, cuando trabajaba tenía ocho años. Yo trabajaba en cortar chiles, tomates y pepinos.”

Reyna, 10 años

“Yo me fui en el norte y allí trabaje tomate, cortando tomate y se cansan mucho y me fui en el balle allí trabaje de los mil tomates y me pagan cien, abese cincuenta. Yo me yamo Arcadio Garsia y tengo nueve allos, yo me calli en las bayias.”

Arcadio, 9 años

COATECAS ALTAS, Oax.— Son 374 mil niños y niñas mexicanos de seis a 14 años que viven a salto de mata.

Medio año desaparecen de los salones de clase. Esos meses se les ve deshidratándose en los campos tomateros de Sinaloa; frotándose vaporub por las noches sobre la espalda adolorida en una barraca en Hermosillo; cavando surcos con una pala más grande que su cuerpo, en Hidalgo.

Cuando vuelven a su comunidad de origen se apretujan con sus compañeros sobre una misma banca en el intento de ponerse al corriente en la escuela.

Asoman la cabeza sobre un libro de texto ajeno porque estuvieron al inicio del ciclo agrícola, pero no del escolar, y no fueron considerados en las listas de materiales.

Son pequeños que aparecen en las cifras oficiales de los logros educativos, pero escapan de ellos. Son los infantes rezagados en la educación que impiden a México cumplir su compromiso internacional de lograr, en el año 2015, que todos los niños y niñas puedan completar la primaria.

Los hijos de jornaleros abandonan la escuela cuando aprenden a sumar, a leer y a escribir. En cuanto saben cobrar y estampar su firma desertan de las clases, como en su momento lo hicieron sus papás y, si el círculo no se rompe, lo harán sus hijos. Es una prisión que se repite como karma.

Ellos no sueñan con ser doctores o ingenieros. De grandes quieren ser peones. No conocen otra vida: nacieron en los estados con índices de desarrollo humano similares a los de África subsahariana, en las zonas indígenas que desde hace 40 años surten mano de obra barata al resto del país.

Crecieron en los municipios donde no hay dinero para irse a Estados Unidos y cada año enfrentan el dilema de migrar o desnutrirse. Pero no tienen que pensarle mucho: el patrón los manda buscar y les paga el viaje para que le trabajen.

Este año, una coalición de organizaciones civiles exhortó al gobierno a proteger a la infancia de cualquier trabajo que signifique riesgo, interfiera con su educación o perjudique su salud.

Que cuide, por ejemplo, a Benita Sánchez, una zapoteca de ocho años, con las uñas pintadas con crayola azul, que casi una tercera parte de su vida ha trabajado como jornalera.

“Me gusta ganar dinero. Llevo muchos años trabajando, así como tres, en tomate, cortándolo y lo cargo. El pepino no me gusta cortarlo porque hay lodo. Unas veces me caigo pero, nada me pasó, sólo mi hermano se cayó en el carro y se pegó, le salió sangre aquí (se toca el hombro)”, dice desde el salón de tierra y lámina de su comunidad.

Ella es de Coatecas Altas, una comunidad indígena localizada a tres horas de la ciudad de Oaxaca y que en esta temporada está dando la bienvenida a sus pequeños migrantes.

A través de cartas, los alumnos relataron sus caídas en los surcos tomateros o los accidentes en el camión que los transporta como a las verduras que recolectan.

Escribieron lo mucho que les gusta cortar las hortalizas que compramos en el supermercado, el daño que les hace la temperatura que sube y baja y sobre el árbol del que se enamoraron o los amigos que extrañan. Las cartas se transcriben como fueron escritas, con la ortografía de alumnos de a ratos, fallas en el español y secuencias que parecen ilógicas. Pero no son errores, son síntomas.

Camiones de niños

“Escuela del Migrante”, reza una manta chimuela de letras que da la bienvenida a las instalaciones a los seis salones –tres de concreto y tres de lámina y carrizo— que forman esta escuela mandada a hacer por “los patrones” de Sinaloa.

—Siéntese aquí. No tenemos muchas bancas porque están llegando los niños, ya son 150, no faltan muchos, ya nomás falta que llegue un camión.

Lo dice la maestra Evelyn Sánchez, responsable de uno de los grupos de tercero de primaria de esta comunidad donde el 90 por ciento de las familias migran al norte del país al ritmo de los ciclos agrícolas.

—Ellos trabajan desde que aguantan la cubeta de tomate –dice mostrando al desordenado grupo compuesto por chiquillos de todas las edades, aunque estudian lo mismo.

Va mencionando a quienes migraron este año y les pide que relaten su experiencia.

—¿En Sinaloa fueron a la escuela?— pregunta.

—No, quedamos en el cuarto, haciendo letras para no olvidar –agrega un flaquito de camisa amarilla con bordado de alacrán.

—Allá trabajamos y podemos ir a la escuela. Acá nos vamos a la casa y estamos aburridos— dice Antonio, de 10 años; una cadena dorada gruesa sale de su camiseta. A su lado, Alfonso Pérez, uno de “los grandes”, de 12, narra su rutina: “Desde las cuatro se levantan a hacer lonche. Yo me quedo sentado ayudando. Cuando terminas esperas al carro que pasa a las siete y llega a las nueve al campo”.

—Es con las tijeras, cortarlos y llevar la cubeta—agrega el de la cadena gruesa.

—¿Y duele?

—Sí, aquí en el cuello cuando nos ponemos la cubeta y los pies se cansan mucho – responde Florencio tan sonriente que pareciera que acaba de contar un chiste.

—Ya en la noche duele y nos curan con vaporub –dice Agustín, el compañero de al lado y gorra con el águila estadounidense.

—A veces siento calentura porque hace mucho frío porque anda en el trabajo y hace mucho frío tempranito, luego hace mucho calor —dice Maximino Cruz, de 9 años, quien lleva sobre los hombros una mochila rota de la marca “Jornaleros Migrantes”.

—Trabajé pepino en el campo Guerrero y duele en hombro. Sentía que estaba muy pesado y no aguanto. Iba a clases un poco cansado —agrega otro más, quien como la mayoría, tiene los dientes manchados por la desnutrición.

Varones y mujeres están apretujados en la misma banca. Trabajaron en un campo en el que les pagaban poco. Se mudaron a otro donde les prohibieron trabajar porque no habían cumplido los 14 años indicados por la Constitución mexicana. En el nuevo campo no había escuela.

“A las familias les afecta que no hayan trabajado los niños porque mientras más niños trabajen es mejor porque así se traen más dinero”, explica la maestra el pesar de las familias.

En su salón hay trabajadores veteranos, como María Hernández, de 12, cuya estatura supera al resto. Desde hace cuatro años trabaja como cualquier adulto, seis días a la semana a cambio de 134 pesos por jornal. A su edad su dilema no es jugar o estudiar, sino cortar tomate o pepino; y prefiere este último porque le pesa menos.

La maestra del grupo de tercero explica que la escuela tiene dos ciclos: enero-mayo, para quienes no migraron ese año, y julio-diciembre, en el que se incorporan los que regresan de la pisca.

Dice que aunque oficialmente esos niños toman clases en los campos donde laboraron, ella ha constatado que aprenden poco. Le molesta que en las boletas los evalúan con altas calificaciones aunque hayan retrocedido en aprendizaje.

“Nomás en un campo hubo maestro, pero no los estaban atendiendo bien porque cuando van a clases después de trabajar no se concentran porque están muy cansados”, explica dispersa porque al mismo tiempo que da la entrevista se ocupa de echar un ojo a su hija que gatea por el salón, a los alumnos que se salen a jugar y a los de otros grados que se cuelan al salón.

A la maestra de segundo grado, Nayeli Ríos, lo que más le entristece es que los estudiantes que ya sabían leer olvidaron las letras y que de regreso los papás no obligan a sus hijos a ir a la escuela.

Antes de salir al terreno baldío que sirve de patio, Alejandro Reyes entrega a su maestra el dibujo en el que plasmó el recuerdo que tiene de la última temporada de pesca. Con plumón amarillo creó un camión que lleva al volante a una persona que parece un changuito. Abajo escribió: “El carro que yo viajaba se yva a voltiar cuando llo vine de trabajar”.

Él estudia en segundo de primaria pero dibuja como un niño de preescolar. Tiene nueve años y estuvo a punto de conocer a la muerte.

En mayo, cuando el calendario oficial de la SEP anuncia el fin de cursos, niños como él, María o Benita bajan de los camiones y comienzan a nutrir los salones; presentan exámenes-diagnóstico que evidencian sus conocimientos y captan lo que pueden de los repasos generales. A ellos se les enseña en unos días lo que el resto aprendió en meses.

“Aunque olvidaron lo que les enseñaste tenemos que incorporarlos al grupo porque, luego, si están grandes ya no los aceptan en ninguna escuela. Además, muchos niños no llegan ni a quinto, menos a sexto, les da vergüenza venir por su edad”, dice la maestra Sánchez.

“No he tenido un solo niño que quiera ser doctor, maestro o ingeniero”, agrega la profesora Ríos, mientras espera a que sus colegas se despidan de sus estudiantes.

El maestro que da clases al grupo de quinto y sexto se desocupa más rápido.

En esa escuela, de 150 alumnos matriculados, sólo tres estudian sexto grado y 10 cursan quinto, y caben en un mismo salón.

En esta historia hay un niño prodigio; se llama Daniel Santiago Pérez. Hace un año se graduó y todavía asiste a la primaria para seguir aprendiendo. No le permitieron inscribirse a la Telesecundaria por ese desfase de calendarios entre cosechas y burocracia, entre niveles de vida del norte y el sur, entre planes gubernamentales y programas reales.

Lo que le pasa no es un error, es un síntoma.

“Los libros les abren sus alas”

Con la autoridad que da haber sido niño jornalero y desempeñarse ahora como maestro de Literatura en EU, Francisco Jiménez asegura que todo niño que deja la escuela es como una oruga que nunca será mariposa

Por Marcela Turati

Desde los seis años, el jalisciense Panchito Jiménez trabajó como jornalero en California. Cuando la cosecha se lo permitía, asistía a clases. De la basura sacó el que sería su primer libro y la libreta en la que anotaba las palabras que no entendía, para memorizarlas mientras piscaba hortalizas. Su familia se mudaba con el ciclo agrícola: en verano recolectaba fresas en Santa María; en septiembre cosechaba uvas o piscaba algodón en Fresno; en febrero regresaba a desorejar lechugas o a recoger zanahorias en Santa María. Con cada mudanza, cambiaba también de escuela.

Se empeñaba tanto en entender las clases que se provocaba jaquecas. Como no hablaba inglés, una maestra le diagnosticó retraso mental. En el sexto grado lloró mientras veía que con su casa ardía también su libreta. Su mamá le preguntó si sabía lo que tenía escrito. Respondió que sí, y de esa manera entendió que no importaba cuántas veces se mudara, pues lo aprendido lo llevaba consigo.

En 2002, este mexicano que desde hace tres décadas enseña literatura y cultura mexicana en la Universidad de Santa Clara, California, ganó el premio al mejor maestro de maestría. Se distinguió por la pasión con la que inculca en sus estudiantes la conciencia social.

En esta entrevista habla acerca de la explotación laboral infantil que vivió en su infancia y que ahora combate desde las aulas y en charlas a los jornaleros que trabajan en los campos de California. Platica de las implicaciones del problema y de las posibles soluciones.

—¿Qué siente un niño jornalero?

—Cuando pueden entrar a la escuela se encuentran muy atrasados, se frustran, se sienten aislados. Se les dificulta establecer amistades, porque mudarse constantemente causa una falta de estabilidad personal y psicológica que daña muchísimo al niño o a la niña en cuanto a su concepto de sí mismo.

—¿Cómo fue su experiencia?

—Era necesario que trabajáramos todos con el propósito de poder ahorrar dinero para sobrevivir el invierno. El año escolar empieza en septiembre y yo empezaba la escuela hasta noviembre (...) comenzaba muy atrasado, no entendía bien el inglés, los estudios eran difíciles, excepto aquellos que no requerían comprender el idioma, como matemáticas o arte.

“Cuando empezaba la escuela los niños ya habían formado amistades y yo me sentía excluido. Cuando lograba hacer un amigo teníamos que mudarnos y eso me lastimaba muchísimo.

“Mientras trabajaba en el campo memorizaba palabras que tenía que aprender en la escuela y que escribía en una libretita que llevaba en el bolsillo. Descubrí que la educación me daba la estabilidad que no me daba la vida diaria, que lo que aprendía en la escuela me lo llevaba conmigo, no importaba cuántas veces nos mudáramos.”

—¿Qué pierden los niños que trabajan y no van a la escuela?

—Tendrán muchas limitaciones en cuanto al tipo de trabajo que podrán hacer.

Si no reciben educación formal, no tienen opciones y se limitan a trabajos del campo o manuales, que son valiosos y dignos de respeto, pero que no eligieron.

“La educación también sirve para disfrutar mucho más de la vida y para defenderse de las injusticias, porque uno sabe cuáles son sus derechos.”

—¿Cómo podemos combatir el problema?

—El gobierno tiene la responsabilidad de ayudar a las familias pobres para que no tengan la necesidad de exigir a sus hijos trabajar en el campo faltando a la escuela para sobrevivir.

“El niño que tiene hambre no puede aprender. Es necesario el alimento físico para que desarrolle el aspecto intelectual. Necesita estabilidad económica. La falta de educación en nuestros pueblos a veces nos tiene como esclavos.”

—¿Qué solución plantea?

—No hay una solución fácil, pero el apoyo de los padres a la educación de sus hijos es sumamente importante.

“Lo principal es convencer a los padres sin educación formal de que la escuela es importante, porque no saben lo que es. Tiene que haber programas también para los padres y ofrecerles clases a ellos también para que vean de qué se trata esa educación.”

—¿Por qué los niños trabajadores dicen que prefieren trabajar en vez de jugar?

—Si ven que sus padres valoran el trabajo del campo, entonces eso van a valorar los niños. Si vieran que sus padres valoran la escuela, también ellos la valorarían. Yo doy pláticas a los niños y trato de que entiendan que teniendo éxito en sus estudios pueden honrar a sus familias por el sacrificio que están haciendo.

“Un niño que en lugar de ir a la escuela y se pone a trabajar es como una mariposa que se mantiene como oruga, no se abre, su potencial se queda cerrado; la educación desarrolla esa belleza que vemos en las mariposas que cuando salen ya son libres.”

Aplauden proyecto en Sinaloa

La denominada Aula Inteligente, reconocida incluso por la OCDE, da atención especial a los niños con rezago educativo y los regulariza

Por Lucía Irabien

Las desventajas de los niños migrantes jornaleros son muchas: viven en situación de pobreza extrema, sus familias tienen en promedio tres años de escolaridad, poseen poca capacidad de socialización y hablan lenguas distintas. Para resolver los problemas de una población tan especial, las autoridades educativas de Sinaloa parecen haber encontrado una solución.

Hace tres años arrancaron un modelo educativo reconocido por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) como uno de los más efectivos en el mundo.

El modelo consiste en sustraer a los niños con rezago educativo de los salones convencionales para colocarlos en un aula donde un maestro, un especialista en educación especial y un psicólogo los atienden. Los grupos no superan los siete alumnos, por lo que el niño recibe atención personalizada e intensiva hasta que logra alcanzar el nivel escolar que le corresponde, lo que ocurre en promedio en tres meses. En algunos casos saltan, incluso, de primero a sexto grado.

Parten de la idea de que los niños han acumulado muchos conocimientos en su vida, pero son incapaces de sistematizarlos y expresarlos por lenguaje escrito u oral, así que se enfocan en eso y en las matemáticas.

Al proyecto se le llamó “inteligente” porque debe captar las necesidades educativas particulares de cada alumno, bajo la premisa de que no hay niños burros sino necesitados de atención.

Hay mucho por hacer: menos de la mitad de los migrantes de entre seis y 14 años recibe educación, pero la mayoría está inscrito en primero o segundo grados de primaria.

El 70% de los alumnos que van a la escuela tiene al menos dos años de desfase entre su edad y el grado escolar cursado.

El proyecto, que arrancó en cuatro escuelas y podría llevarse a todo el estado, es financiado en gran parte por los dueños de los campos en los que se aplica, lo cual les permite dar una imagen positiva de la empresa hacia sus clientes. Ellos nombran capataces que supervisan el proyecto.

Aunque el Aula Inteligente es reciente, ya obtuvo resultados: en el ciclo escolar 2004-2005 logró regularizar a 101, de los 111 alumnos inscritos.

El problema que le detectó la OCDE es que su financiamiento y puesta en práctica depende de la voluntad de los empresarios, por lo que recomienda a las autoridades locales y federales dotar de más dinero público al programa y que exija que en todos los campos se aplique la iniciativa.

Las emociones no tienen caligrafía (Cartas de los niños jornaleros)

“El campo es muidonito y el campo sellama Gerrero.”

“El carro que yo viajaba se yva a voltiar cuando llovine de trabajar.”

**Los accidentes quedan grabados en la mente de los niños.*

Los baldes y las hortalizas forman parte del imaginario de los menores.

“Cuando yo fui a ermosiyo trabaje en el tomate y salimos de trabajar a la 1 o a las 2 de la tarde y no sotros los niños salimos a las 11 de la tarde porque y bamos a la escuela. Cristina Arellanes Perez 11.”

PUBLICADO EL VIERNES 29 DE JUNIO

Niños Jornaleros: la ruta del ejote

El menú incluye esfuerzo infantil

Productores y transportistas, capataces y enganchadores, comerciantes y consumidores... todos, algunos sin saberlo, forman parte de una cadena que inicia

con el reclutamiento de menores para labores agrícolas y termina con el platillo servido en la mesa

Por Lucía Irabien/enviada

SAN JUAN TEPA, Hgo.— En los campos del valle del Mezquital centenares de niños pasan el día entero arrancando del suelo los ejotes que mañana o pasado irán a parar a nuestra boca.

José es un jornalero de tantos que alimentan a los mexicanos y para los que la vida transcurre entre surcos de tierra. Es un niño, tiene nueve años y se le nota que quiere jugar. Así que se inventa concursos con Laura, su hermana de diez, para ver quién gana los ejotes más gordos y quién de los dos llena más rápido su costal.

Anudan el bolso a la pretina del pantalón, ponen un pie a cada lado del surco, doblan su cuerpo hasta que sus manos les llegan a las rodillas y arrancan la carrera. En diez segundos los ágiles dedos de José desprenden los ejotes de dos en dos, junta 20 de una de las matas y levanta el puñado en el aire con una enorme sonrisa para demostrar que ganó.

Cuando termina de pisar toda una hilera, carga la mitad de su peso en la espalda, lo entrega al capataz y no se entera, ni le interesa, a dónde va a parar tanta leguminosa.

La vida de la parentela de José está atada al ciclo del ejote desde hace varias generaciones, igual que la de la mayoría de las cerca de 150 familias que aquí trabajan. El cíclico peregrinar de los cortadores de ejotes empezó en la cabecera de la zona más pobre del país: Tlapa, en la montaña de Guerrero, donde la tierra no tiene ya nada que darle a sus pobladores, pues ni siquiera para mal comer alcanza.

Por eso, en la década de los cincuenta, los tlapanecos empezaron a subir y bajar de la montaña para recoger ejotes en Morelos y juntar dinero para la mitad del año en la que no había trabajo ni maíz.

Hasta que se acabaron las razones para regresar a su pueblo casi aniquilado por el hambre y la pobreza, y se quedaron a cortar los ejotes de Textepango.

Mientras, aquí en Hidalgo, donde la lluvia y la tierra seguían siendo generosos con los productores de ejote, los magros salarios iban desanimando a los lugareños de dedicarse a recolectarlo. Así fue como llegaron a la región los de Tlapa, hace 20 años, para hacer el trabajo que nadie más quiere hacer.

El 42% de los ejotes que se venden en los mercados y restaurantes del país provienen de Hidalgo. Para que puedan llegar a las mesas mexicanas, cientos de niños renunciaron, sin elegirlo, a llevar la vida a que tiene derecho un niño: jugar, ir a la escuela, comer, convivir en familia, tener una casa, no exponerse al peligro.

La familia de José y Laura está formada por 11 hermanos, la más grande de 16 y el más pequeño de tres, además de su mamá, su papá, dos abuelos y una prima. Todos cortan tantos ejotes como pueden.

No importa cuántos años tengan, casi ninguno sabe escribir ni leer, y aunque a veces van a clases, poco o nada entienden de lo que sus maestros les tratan de enseñar.

Desconfían de los extraños, se comunican en mixteco y hablan un español de casi puros monosílabos.

—¿Cómo te llamas?

Se queda callado.

—¿No entiendes español?

—Sí —alcanza a murmurar.

—¿Y cómo te llamas?

—José...

—¿Y tu hermana?

— No sé, no me acuerdo. Échale ejotes –dice señalando su costal.

Sólo después de cortar juntos ejotes, accede a enumerar los nombres y edades de sus hermanos, a decir que prefiere el campo que la escuela y que allá va sólo de vez en cuando, los días que la pisca acaba antes que se meta el sol.

Para ellos, no existen cuatro sino dos estaciones en el año: la que pasan cortando ejotes aquí en Hidalgo, que va de mayo a octubre; y la que arranca cuando se van para Textepango, en Morelos, y que muchos de ellos pasan igual, cortando ejotes.

Se apellidan Rodríguez, pero ese dato es irrelevante aquí, porque en la cadena productiva del ejote el único registro que existe de ellos es el de “familia 15”.

Así es como quedan anotados en la libreta de Martín Cresencio, el ayudante del capataz, que por ser de los pocos que sí sabe sumar y escribir puede estar a la sombra del árbol junto a la báscula, en lugar de andar agachándose miles de veces para arrancar las vainas de las plantas.

Convertirse en capataz es la máxima expectativa de superación de los ejotereros. La esposa y sus cuatro hijas no se salvan de trabajar en la tierra.

Los Rodríguez pertenecen a la cuadrilla de Severo, enganchador de peones y capataz de los campos. La integran 165 jornaleros de los que 100 son niños y casi no hay hombres. Llegaron el 5 de mayo y se instalaron en un campamento con cuartos de cuatro metros cuadrados por familia y camas de cemento.

Por las mañanas el camión de redilas de Severo los recoge y, sentados en el piso, arrancan con rumbo desconocido a alguna parcela de los municipios cercanos. Son campesinos itinerantes, si al terminar de pisca una parcela le quedan horas al día, los llevan a otra y otra, hasta cuatro al día.

De acuerdo con un censo de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, realizado por Carlos Rodríguez Solera, la quinta parte de los niños menores cuatro años ya está involucrada en las labores de recolección, seis de cada diez lo hacen al cumplir seis años y después de los once, todos los menores están en los campos.

Los dueños de la tierra ni se enteran de que Laura, José, Pedro, Ricardo o Martina Rodríguez, andan jalando costales, con los pies descalzos llenos de su tierra, arrastrándose y piscaando a toda velocidad sus ejotes.

El trato se hace directo con Severo. Los enganchadores, como él, negocian con los productores el precio que pagarán por cosechar una parcela de matas de ejote desde principio de año. Hacen sus cuentas y van a Morelos por las familias que van a necesitar, les buscan alojamiento y se encargan sólo de llevarlos y traerlos y de pesar el producto.

Por cada kilo recolectado, la “familia 15” recibe un peso y diez centavos.

Juntar un costal de más o menos doce kilos le toma a José, el más hábil y entusiasta de los niños de la familia, dos horas, así que en una jornada de 12 horas junta cuando mucho el equivalente a 50 pesos de ejotes.

De la ganancia familiar deben sacar para comprar harina de maíz para tortillas y, si la pisca fue poca y no hay para más, comérselas con los ejotes que menos maduraron y las acelgas que crecen solas en el campo.

En el papel, su labor está prohibida por la ley; en los hechos no hay opciones. Para la “familia 15” es la única opción de sobrevivencia, la única forma de preparación para la vida futura que como padres, que también crecieron como niños jornaleros, pueden ofrecerles.

La media tonelada de ejotes que en un día normal juntan los quince miembros de la “familia 15”, la de los Rodríguez, se lava a un lado de la báscula y se va apilando en un camión anaranjado junto a los que cogieron los otros miembros de la cuadrilla. El

mismo Severo es el encargado de manejar hasta la central de abasto en el Distrito Federal, dónde se los vende al encargado de la bodega P-147, que paga por ellos ocho pesos y los vende en 12.

Ni él, ni el dueño del restaurante en la colonia Agrícola a la que fueron a parar parte de los ejotes de Hidalgo, saben algo de la familia Rodríguez ni del trabajo que hicieron sus niños.

Sedesol, sin noticias

“Nosotros no tenemos notificación alguna de niños trabajando en lugares donde hayamos firmado convenios”, dijo ayer la secretaria de Desarrollo Social, Beatriz Zavala, al ser interrogada sobre el trabajo infantil en campos agrícolas. “Si un medio de comunicación nos dice que hay un niño trabajando y está recibiendo recursos públicos, inmediatamente los suspendemos”, añadió la funcionaria, quien admitió que la dependencia a su cargo no realiza operativos para detectar la explotación infantil.

Una pizca de responsabilidad

Por Laura Toribio

Los niños que llegan ahí son los más suertudos. Mientras sus papás trabajan en la zafra, ellos comen, estudian, juegan y hacen deporte. Viven en campos agrícolas con áreas verdes, canchas de baloncesto y guarderías donde los cuidan. Parecen ciudades chiquitas. Oasis en medio del desierto. En Sinaloa hay diez así.

El agua que toman viene directo de bombas potabilizadoras. No tienen que beberla de los botes que contenían agroquímicos, como lo hacen en los campos vecinos.

“San Isidro” es uno de esos campos maravilla. Su propietario, Eduardo Leyson Castro, se preocupó por crear una empresa socialmente responsable: brinda a sus trabajadores vivienda de concreto, seguro social y servicios higiénicos; los espacios lucen limpios porque hay botes de basura colocados estratégicamente en el campo.

Su proyecto social no lo ha dejado en la quiebra. En dos ocasiones ha recibido el Premio Nacional de Exportación. La última vez, el sexenio pasado.

“El campo San Isidro es uno de los mejores. Cuenta con galeras de concreto, áreas con jardineras entre cada galera, regaderas suficientes, sanitarios y lavaderos, por lo menos los necesarios para que los jornaleros no tomen turnos tan prolongados. Además tiene una tortillería y un minisúper bien abastecido”, relató Margarita Nemecio, coordinadora del Programa de Jornaleros Agrícolas de la Montaña “Tlachinollan”.

La socióloga que ha recorrido varios campos de cultivo del país para constatar las condiciones en las que viven los jornaleros y sus hijos, dijo que las familias que llegan a San Isidro provienen de la sierra de Sinaloa, Puebla, Hidalgo, Veracruz y, en menor número de Oaxaca.

Explicó que diez empresas agrícolas de la región brindan un servicio similar. Todas ellas están subrogadas al IMSS. Fuera de estos oasis los niños no corren la misma

suerte. Viven en los surcos. No hay quien los cuide. No juegan. Comen mal. Hacen sus necesidades en una letrina que comparten con 20 familias más. Se enferman.

Para los afortunados, en San Isidro hay una guardería en muy buenas condiciones, un consultorio médico, doctora y enfermera, y servicio de odontología.

Todos los niños que están en la guardería tienen colchonetas, mesitas, sillas, cobertores y juguetes personales. La comida que les sirven está regulada por un control nutricional. Usan utensilios propios.

El campo es seguro y constantemente está bajo mantenimiento. Nunca se ha registrado un accidente. Los surcos de la agrícola están vacíos de niños.

Ellos se quedan estudiando y jugando en el campo mientras sus papás están en el corte.

Cosecha también se sirve en EU

Ciudades como Los Ángeles y

Nueva York reciben las hortalizas que cultivan los niños mexicanos

Por Laura Toribio

Ellos sirven su mesa. Irónicamente la mayoría sufre desnutrición. Son niñas y niños jornaleros que trabajan en los campos agrícolas del país en la temporada hortícola cultivando jitomate, chile, berenjena, pepino, tomate, y ejote como el que come en su casa.

Quizás antes de que los productos lleguen a sus manos pasaron primero por la de esos jornaleros que la mayoría de las veces son explotados laboralmente y sometidos a trabajos inadecuados para su edad.

Puede ser en la bananera San Carlos, propiedad de Carlos Cabal Peniche, donde niños de entre 10 y 12 años trabajan jornadas de hasta 12 horas, están sometidos a actividades pesadas y temperaturas de 40 grados. Ganan 60 pesos diarios.

O en Agrícola Paredes, la empresa donde en enero pasado murió atropellado por un tractor el niño guerrerense David Salgado, la cual produce un total de 1.2 millones de cajas durante la temporada de cultivo.

Envasados bajo las marcas San Carlos, Divemex, Chelita, SPV y París, las hortalizas son transportadas del campo hacia las centrales de abasto de los estados de la República.

En Estados Unidos las conocen más: 60 por ciento de la producción se va para allá.

Estos sólo son algunos de los sellos “No Amigables a los Niños”.

El Programa Nacional de Jornaleros Agrícolas de Sedesol estima que en temporadas altas en el Valle de Mexicali, por cada diez trabajadores adultos hay tres niños cosechando, deshierbando y operando maquinaria agrícola para la producción del cebollín. Ahí les pagan 75 pesos a cambio de que trabajen nueve horas.

Entre septiembre y noviembre de 2006 salieron de las comunidades de La Montaña de Guerrero nueve mil 851 jornaleros, de los cuales 46 por ciento eran niños y niñas menores de 15 años, según el Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas de la Región de La Montaña, de la Sedesol.

En San Quintín, Baja California, los niños cultivan tomate, pepino, fresa y chile. Las niñas son las encargadas de recolectar las semillas, pues su delicadeza manual no arruina la cosecha, mientras que en Sinaloa 17 familias explotan 70 mil hectáreas.

Varios de sus campos no están libres de la mano de obra infantil.

Las cifras se confrontan. Margarita Nemecio, responsable del Programa de Jornaleros Agrícolas y Migrantes Internacionales de la organización “Tlachinollan” señala que más de 60 por ciento de los campos de Sinaloa contratan a mano de obra infantil.

“Tlachinollan” tiene identificadas por lo menos cinco principales rutas del destino de las hortalizas: Los Ángeles, Nueva York —en Estados Unidos— y Canadá.

Las excusas Manuel Tarriba Urtusuástegui, dirigente de la Confederación de Asociaciones Agrícolas del Estado de Sinaloa (CAADES), confirma su versión. Dice que 60 por ciento de la producción que se da en los 140 campos del estado va al mercado estadounidense y el resto se queda en el nacional.

Sin embargo, el líder niega que más de la mitad de los campos contraten mano de obra infantil.

“No es tan grave”, dice tajante. “Existe, pero lo estamos combatiendo, siempre inflan las estadísticas e inventan números. De las 30 muertes de niños en los campos que dicen puedo asegurar que únicamente tenemos registro de tres”, sostiene.

“El mayor problema al que nos enfrentamos los empresarios para cortar de tajo el trabajo infantil en los campos, es que los padres exigen que sus hijos sean empleados. Si no, amenazan con irse”, agrega.

“Estamos negociando becas para que los niños vayan a la escuela, tratando de convencerlos porque asumimos nuestra responsabilidad”, dice.

De acuerdo con la Confederación, los dividendos por el envío de legumbres de los campos explotados en Sinaloa suman 250 millones de pesos.

Aunque un niño jornalero trabajara cien años, sin un día de descanso, ni en sueños podría ganar ese dinero. A duras penas alcanzaría a juntar 2 millones 400 mil pesos, sumando los 67 pesos que le pagan al día.

El estudio “Sirviendo a las mesas del mundo: las niñas y niños jornaleros agrícolas en México” documenta que entre pisca y pisca los pequeños tienen una hora de receso para comer. Se sientan con adultos o entre ellos bajo cobertizos que improvisan para atajarse el sol. Después reanudan el trabajo y siguen cortando hasta el final del jornal. No tienen otra oportunidad de comer. El menú es escaso. Comen tacos de papa, tortillas con sal, tomates que ellos mismos cortan, refrescos, y naranjadas. Y aunque sirven su mesa, ellos están desnutridos.

PIES DE FOTOS:

1.La Casa de “los Quince”.

La ruta de la explotación inicia en Tlapa, Guerrero, de donde proviene la mayoría de los niños que trabajan en los campos de Hidalgo. Ahí, la familia Rodríguez se convirtió, para los patrones, en “la familia 15”.

2. A peso el kilo.

En los campos de Textepango, Hidalgo, se cultiva 42% de los ejotes que consume el país. Por una jornada de 12 horas y la recolección de 50 kilos de leguminosas, un menor de edad aspira a ganar hasta 50 pesos.

3.El gancho

Los dueños de las tierras ni siquiera conocen a quienes las cosechan. Los niños y sus familias son enganchados por intermediarios que no les ofrecen ninguna garantía de seguridad, vivienda ni comida.

4. La descarga

Los ejotes que producen los niños en Hidalgo se llevan a las principales ciudades del país. En el Distrito Federal, el producto que llega a la Central de Abasto es distribuido en súpermercados y pequeños locatarios.

5. La venta

Quienes distribuyen los ejotes en los mercados del país no saben de dónde vienen ni se enteran de que cientos de niños han pasado largas jornadas de sol y cansancio para llegar a los centros de venta.

6. La sazón

Parte de los ejotes producidos por los niños en los campos hidalguenses terminó en la plancha de una cocina económica en el Distrito Federal. Ni su dueña ni sus comensales se enteran de su origen.